

Gran dicha es navegar en la barquilla de Pedro. Largo y te-
- rribles son las tempestades que ha de encontrar; para las épo-
- cas de bonanza que alegren su difícil camino. Pero sabemos que
- de hijo, hemos de llegar al Puerto de salvamento. Nos animan, so-
- pre todo, la seguridad de que en ella, y sólo en ella, hemos de
- encontrar la salvación. Tan grande es esta dicha, que el Máximo
- Doctor San Jerónimo, al oír el eco lejano de que se escuchaba
- que quería saltar de su puente abrazando, beatíficas heréticas,
- levantó indignado, y escribió al Papa San Damaso la epístola in-
- mortal, en que con inusitada vehemencia se vindicó de tales ca-
- lumnias: "Contigo navego, exolama fogoso; contigo navego, infa-
- libre Piloto. Sé que el desdichado que abandona tu barca perece-
- rá en el peligro agitado. Lejos de mí la comunión con los profa-
- nos. Nada tengo que ver con las herejías de Vital; desecho con
- horror al obstinado Melito; saco me de el pestífero Paulino."
- "Non novi Vitalium, Melitium vespero, ignoro Paulinum." Quien no se-
- está contigo, quien no te profesa estos obediencias, quien no se-
- gloria de marchar a tus órdenes, es un verdadero herejético: "qui
- tecum non est, antichristus est."

Y si es una dicha tan grande navegar como simple pasajero, de-
- jarse conducir sin esfuerzo, sin saber por qué rumbo se avanza,
- ni qué escollos se precisan evitar, cuánto más glorioso será ir
- bogando con el Apostólico Piloto, sin cansarse jamás, sin saltar
- el remo durante cincuenta largos años, de azar y de penas, de
- peligros y contrariedades!

"Insuper fui, etiam senex," decía David. Fue joven y ahora me
- véis viejo; y en la prolongada serie de años que he vivido jamás
- he visto al justo abandonado, ni a sus hijos mendigando el pan
- cotidiano. Lo que el Rey-Proféta afirmaba en sentido literal, y
- fundado en su personal experiencia, luego yo aservar en un sen-
- tido místico, de las naciones en que he ejercido mi ministerio,
- a quienes he prestado mis servicios sacerdotales. Las hebras de
- plata que escaraban coronan mi cabeza, son prueba de los largos a-
- ños que he trabajado en la Villa del Señor. Pues sabed que a nin-
- gún pueblo cristiano he visto dejado de la mano de Dios, por
- grandes que sean las desgracias que le han sobrevenido. Jamás he
- visto que se negara el pan de la palabra de Dios a los fieles
- que la pidieran, ni que tuviera alguno que mendigar en vano el
- alimento espiritual, por enormes que fueran los pecados de sus
- abuelos.

La fe de los santos! En tus playas ejerco por vez primera el
- ministerio parroquial, en justo pago por las letras y ciencias
- que generosamente me impartiste. Impedible son los paga-
- - mientos que aligieron a tus hijos desde el cisma de Euzkua

VIII. Quién pudiera contar los cadalsos que erigiste a los que
- no quisieron renegar de la fe de sus padres? Tres siglos apenas
- habían transcurrido desde la infausta apostasía de tus reyes; el
- catolicismo parecía casi apagado, cuando acontecimientos impre-
- vistos removieron las cenizas de las brasas ocultas, pero no ex-
- tinguidas, de la antigua religión, y empezó a revivir el catoli-
- cismo; a revivir con una rapidez maravillosa, cuya actividad no-
- cesa ni se cansa, sino que aumenta cada día. A mí me tocó presen-
- ciar como niño este maravilloso revivir, y después contribuir co-
- mo sacerdote al renacimiento divino, suministrando el pan de la
- palabra y de los Sacramentos, a los nietos de aquellos que si-
- glos atrás habían padecido. Gracias, Dios mío, por lo poco que
- pude hacer, y por la fortaleza que me infundieron los aconteci-
- mientos que presencié, y me prepararon para futuros combates.

Precisamente en la época en que me aprestaba a recibir el sa-
- cerdocio, y en los primeros años de mi ministerio, afligieron a
- la Italia que yo habitaba, y al mundo entero, los luctuosos aconte-
- cimientos de cuyos funestos resultados aún nos resentimos. Co-
- mo lo había profetizado David, los Reyes de la tierra se levanta-
- ron, y los Príncipes se unieron contra Dios y contra su Ungido.
- "Astiterunt Reges terrae, et Principes convenerunt in unum adver-
- sus Dominum et adversus Christum eius." Yo fui testigo de la se-
- rie de usurpaciones, de destronamientos, de injustas guerras y
- fáciles victorias, que fueron poco a poco encerrando al Augusto-
- Pontífice Pío Nono en estrecho círculo, hasta que lo privaron
- del último girón de su territorio. A los triunfos temporales a-
- compañaba nefando cortejo de sacrilegios, de latrocinios, de des-
- trucción de todo lo espiritual y divino. "Quién, cómo, cuándo
- reparará tantos desastres?" nos dijimos unos a otros los últimos
- defensores del Pontífice Rey. Ha pasado medio siglo, y otra vez
- vemos, como hace varias centurias cantaba el poeta cristiano,
- que Roma,

"Quidquid non possidet armis

Religione tenet."

Esta incesante lucha y este avance se interrumpió
- Quedaron de nuevo destruidos sus ejércitos; pero ha adquirido
- doble prestigio el inerme Pontífice; y aunque en lo temporal
- aherrojado y cautivo, manda a los soberanos y a los pueblos, con
- más imperio que antes. En derredor suyo, y en los países más re-
- motos, la Iglesia florece y se dilata y ostenta la misma santi-
- dad, la misma universalidad, la misma dependencia de la Sede A-
- postólica, que cuando salió del costado de su Divino Fundador.
- La Jerarquía eclesiástica por dondequiera brilla y se aumenta,
- las Vírgenes del Señor, a despecho de bárbaras persecuciones, a-
- laban a Dios en sus claustros, y el Catolicismo en todas partes
- crece y se propaga, y se impone a sus satánicos enemigos. Gra-

VIII. ¿Qué pudiese contar los cadáveres que erigiste a los que no dultaron renegar de la fe de sus padres? Tres siglos apenas hablan transcurrido desde la última apostasía de los reyes; el catolicismo parece casi espasmo, cuando espontáneamente reaparecieron las cenizas de las brujas ocultas, pero no extinguíste la antigua religión, y empujaste a revivir el catolicismo; a revivir con una rapidez maravillosa, cuyas actividades cesaron ni se cansan, sino que aumentan cada día. A mí me tocó presenciar como niño este maravilloso revivir, y después conté el camino que me condujo al renacimiento divino, sumando el pan de la palabra y de los sacramentos, a los niños de aquellos que si- glos atrás hablan pagado. Gracias, Dios mío, por lo poco que puede hacer, y por la fortaleza que me inspiraron los acontecimientos que presencié, y me prepararon para futuras combates.

Exactamente en la época en que me presentaba a recibir el sacerdocio, y en los primeros años de mi ministerio, erigieron a Italia que yo habitaba, y al mundo entero, los luminosos acontecimientos de cuyos funestos resultados aún nos resentimos. Como lo había profetizado David, los Reyes de la tierra se levantaron, y los príncipes se unieron contra Dios y contra su unigénito. "Asistieron Reyes terribles, el príncipe convenant en unum advenit sua Dominum et advenit Christum eius." Yo fui testigo de la serie de usurpaciones, de destrucciones, de injustas guerras y fáciles victorias, que fueron poco a poco encerrando al Augusto Pontífice Pio Nono en estrecho círculo, hasta que lo privaron del último grado de su territorio. A los tristes temporales acompañaba también el cortejo de sacralidades, de latrocinios, de destrucción de todo lo espiritual y divino. "¿Quién, cuándo reparará tantas desastres?" nos dijimos unos a otros los últimos gobernadores del Pontífice Rey. Ha pasado medio siglo, y otra vez vemos, como hace varias centurias cuando el poeta cristiano, que Roma,

"Quidquid non possidet terra
Religione tenet."

Quedaron de nuevo destruidos sus estercos; pero ha surgido el doble prestigio del inerte Pontífice; y cuando en lo temporal, es derrotado y cautivo, manda a los soberanos y a los pueblos, con más imperio que antes. En derredor suyo, y en los países más remotos, la Iglesia florece y se gloria y celebra la misma santidad, la misma universalidad, la misma dependencia de la Sede Apostólica, que cuando salió del coque de su Divino Fundador. La terapéutica eclesiástica por donde se recupera la salud y se aumenta la virginidad del Señor, a despecho de débiles persecuciones, a la luz de Dios en sus claridades, y el catolicismo en todas partes, gracias y se propaga, y se impone a sus satánicos enemigos.

cias, Dios Mío (exclamaré de nuevo), por haberme permitido tomar parte no despreciable en este movimiento, y en la defensa de tus sagrados derechos en el antiguo continente.

En el nuevo, en nuestro Méjico al menos, no me tocó presenciar el cataclismo que derribó cuanto habían edificado nuestros mayores, y encadenó la Iglesia, a quien todo debe nuestra tierra. Pero sí me cupo en suerte tomar parte en los esfuerzos que, a costa de inmensos sacrificios, se hicieron por restaurar lo destruido, y también participar de las decepciones y amarguras que afligieron a los católicos mejicanos al ver desvanecida la última esperanza. Si fué mi destino, irme a sentar como los Israelitas en Babilonia, a orillas del sagrado Tíber, y preguntar entre flébiles cánticos: Quién, cuándo, cómo podrá volver a la Iglesia mejicana su despedazada corona?

Y he visto refundida esta corona, y he podido engastar en ella no pocas de las piedras que parecían perdidas, y que ahora brillan con doble fulgor. Ha sido para todo el mundo motivo de asombro la conservación de la fe en nuestro Méjico, en medio de tantas persecuciones, y de la constante opresión que es peor que la guerra declarada. A las leyes adversas, se han añadido decretos e interpretaciones que las han hecho más pesadas; y, sin embargo, la Iglesia ha prosperado. Se le niega hasta la propiedad de sus templos, y todos los días edifica otros nuevos. Se le arroja de la sociedad y a cada instante penetra en ella y la domina con centuplicado vigor. Se le niega el derecho de educar a sus hijos conforme a sus principios, y a despecho de sus enemigos, cada día abre nuevos establecimientos de educación; y, con la superioridad de sus estudios, y la excelencia de su enseñanza, obliga a sus adversarios a tolerarla. No contentos éstos con el primer despojo de sus bienes, le impiden la adquisición de nuevos recursos, y disminuyen inútilmente cuanto le imparte la generosidad de los fieles. Pero la Iglesia, con una constancia maravillosa, repara de noche las brechas que el cañón enemigo abre de día, y muestra al mundo que los bienes terrenos es lo que menos le importa, y que las verdaderas riquezas en Dios residen.

Esta incesante lucha y este avance no interrumpido, han durado ya medio siglo; y sin embargo, nada nos desalienta, nada nos desanima. Todo puedo en Aquél que me conforta, decía el Apóstol, y otro tanto repetimos nosotros, exclamando con David, cada vez con mayor entusiasmo: Jamás he visto que el Señor abandone al pueblo cristiano; ni que los buenos hijos de la Iglesia mendiguen en balde el pan de la palabra, ni invoquen en vano el auxilio divino. Gracias, Dios mío, porque no sólo he visto estas maravillas, sino que he contribuído, por tu favor, a realizarlas.

campos allá en el siglo XIV. Pero en el siglo XV, en el pontificado de Sixto IV, y en los años que siguieron, el papa Sixto IV, y sus letras, la docta Europa.

estas, Dios Mío (exclamare de nuevo), por haberme permitido tomar parte no despreciable en este movimiento, y en la defensa de las sagradas herencias en el antiguo continente.

En el nuevo, en nuestro Méjico al menos, no me tocó presen-
-tar el catolicismo que destruyó cuanto hablan edificado nuestros
-mayores, y encubriendo la Iglesia, a quien todo debe nuestra tierra.
-Pero al me oyo en suerte tomar parte en los esfuerzos que a
-costa de inmensas sacrificios, se hicieron por restaurar lo des-
-truido, y también participar de las desgracias y amarguras que
-aflijeron a los católicos mejicanos al ver desvanecida la difi-
-cil esperanza. Si fue mi destino, como a sentir como los israeli-
-tas en Babilonia, a orillas del sagrado Tiber, y preguntar entre
-flébilis canticos: Quam, quando, como poterit volver a la Iglesia
-mejicana su desdichada corona?

Y he visto refundida esta corona, y he podido engrasar en e-
-lla no pocas de las piedras que parecían perdidas, y que ahora
-brillan con doble fulgor. Me aldo para todo el mundo motivo de
-sombro la conservación de la fe en nuestro Méjico, en medio de
-tantas perturbaciones, y de la constante opresión que es por que
-la guerra desatada. A las leyes adversas, se han añadido desre-
-tos e interpretaciones que las han hecho más pesadas; y sin em-
-bargo, la Iglesia ha prosperado. Se le niega hasta la propiedad
-de sus templos, y todos los días edifica otros nuevos. Se le niega
-el derecho de la sociedad y a cada instante penetra en ella y la domi-
-na con centuplicado vigor. Se le niega el derecho de educar a
-sus hijos conforme a sus principios, y a despecho de sus enemi-
-gos, cada día abre nuevos establecimientos de educación; y, con-
-la superioridad de sus estudios, y la excelencia de su enseñanza,
-obliga a sus adversarios a tolerarla. No contentos éstos con el
-primer despojo de sus bienes, le impiden la adquisición de nue-
-vos recursos, y disminuyen inmensamente cuanto le importa la gene-
-rosidad de los fieles. Pero la Iglesia, con una constancia mira-
-villosa, repara de noche las brechas que el cecón enemigo abre
-de día, y muestra al mundo que los bienes terrenales no son lo que me-
-nos le importa, y que las verdaderas riquezas en Dios residen.

Esta incesante lucha y este avance no interrumpido, han dura-
-do ya medio siglo; y sin embargo, nada nos desalienta, nada nos
-desanima. Todo queda en Aquel que me conforta, decía el Apóstol,
-y otro tanto repetimos nosotros, exclamando con David, cada vez
-con mayor entusiasmo: Jamás he visto que el Señor abandone al
-pueblo cristiano; ni que los buenos hijos de la Iglesia man-
-quen en paldo el pan de la palabra, ni invadan en vano el auxi-
-lio divino. Gracias, Dios Mío, porque no sólo he visto estas ma-
-ravillas, sino que he contribuido, por tu favor, a realizarlas.

I I
-sus glorias habían variado... las miradas del mundo se dirigían a él...

Si la Providencia me hubiera dejado en el infimo peldaño del Santuario, sin responsabilidad alguna, y sin asignarme rebaño - que apacentar, aquí debería terminar mi hacimiento de gracias. - Pero desde muy temprano me elevó el Señor a la plenitud del sa- - cerdocio, y me ha dado una tras otra varias greyes que dirigir. - A ellas toca unirse conmigo en dar gracias al Príncipe de los - Pastores, pues para ellas y para su bien, me fué concedida la - prelatura. "Quod christiani sumus", dice San Agustín, "propter - nos est": la gracia de pertenecer a la Iglesia de Cristo, nos - fué dada para nuestro propio provecho. Pero el mando, la prela- - cía, el episcopado que se nos ha conferido, es exclusivamente en favor vuestro: "quod praepositi sumus, propter vos est."

De igual manera, un largo principado es una gracia especial, sí; pero no tanto para el que gobierna como para los gobernados. Salomón en sus Proverbios nos dice claramente que los pecados de los pueblos, su insubordinación, su veleidad mueven a la Provi- - dencia a mandarles como castigo, una serie de gobernantes que se suceden unos a otros tras de breves períodos, sin haber tenido - tiempo de conocerlos, ni de ser conocidos, ni de adquirir expe- - riencia en el arte difícil de gobernar, ni de terminar las obras que emprenden. "Propter peccata terrae, multi Principes eius." - Por el contrario, los pueblos dóciles y sumisos, unidos en espí- - ritu y en verdad a sus jefes, obedientes y leales, reciben como premio gobernantes que duran largos años, que se identifican con ellos, que acometen grandes obras y las ven terminadas, que sin- - gravar a sus súbditos, amontonan tesoros para gastarlos en el - bien público, y forman la felicidad de cuantos viven bajo su am- - paro. "Propter hominum scientiam.... vita Ducis longior erit."

Lo que pasa con los Reyes es aplicable, y con mayor razón, a los Pastores de la Iglesia. Inculcaba sin cesar este principio, en sus escritos y en sus sermones, un gran Obispo Francés, suce- - sor de San Hilario Pictaviense, y que sería, como él, Padre y - Doctor de la Iglesia, si en lugar de morir hace treinta años, hu- - biera florecido hace quince siglos. Yo fuí su admirador desde la adolescencia, y siendo aún joven sacerdote, me fué dado llamarlo amigo, y disfrutar de su hospitalidad. Era el gran Cardenal Pie, Obispo de Poitiers.

La que fué su ciudad episcopal, es poco importante por su po- - blación, que no llega a la mitad de la nuestra. Su historia mili- - tar no es muy gloriosa, habiéndola hecho célebre la batalla que- - los ingleses, acaudillados por el Príncipe Negro, ganaron en sus campos allá en el siglo XIV. Pero en cambio, en los tiempos de - San Hilario, y en los años que siguieron, fué renombrada por su- - ciencia y sus letras; y sus monasterios y colegios asombraban a- - la docta Europa.

Si la Providencia me hubiera dejado en el último pedregal del
 Ganturro, sin responsabilidad alguna, y sin asignarme rebozo
 que apacentar, aquí debería terminar mi nacimiento de guacale.
 Pero desde muy temprano me elevó el Señor a la plenitud del sa-
 cerdocio, y me ha dado una gran obra que dirigir.
 A ellas toca unirse conmigo en dar gracias al Principio de los
 Pastores, pues para ellas y para su bien, me fué concedida la
 "Prophetia". "Quod christianum sumus", dice San Agustín, "propter
 nos est": la gracia de pertenecer a la Iglesia de Cristo, nos
 fué dada para nuestro propio provecho. Pero el mundo, la prela-
 cia, el episcopado que se nos ha concedido, es exclusivamente en
 favor nuestro: "quod prespositi sumus, propter vos est."

De igual manera, un largo principado es una gracia especial
 que se nos da para el gobierno como para los gobernados.
 Salomón en sus Proverbios nos dice claramente que los pecados de
 los pueblos, su inobediencia, su insubordinación, su vehe-
 mencia a mandarlos como castigo, una serie de gobernantes que se
 suceden unos a otros tras de breves períodos, sin haber tenido
 tiempo de conocerlos, ni de ser conocidos, ni de adquirir expe-
 riencia en el arte difícil de gobernar, ni de terminar las obras
 que emprenden. "Propter peccata gentes, multi principes eius."
 Por el contrario, los pueblos dóciles y sumisos, unidos en espi-
 rita y en verdad a sus jefes, obedientes y leales, reciben como
 premio gobernantes que duran largos años, que se identifican con
 ellas, que acometen grandes obras y las ven terminadas, que sin
 gastar a sus súbditos, amontonan tesoros para gastarlos en el
 bien público, y forman la felicidad de cuantos viven bajo su am-
 par. "Propter hominum solentiam... vita sua longior erit."

La que pasa con los Reyes es aplicable, y con mayor razón,
 los Pastores de la Iglesia. Inclúyase sin cesar este principio
 en sus escritos y en sus sermones, un gran Obispo francés, suce-
 sor de San Hilario Pictavense, y que sería, como él, Padre y
 Doctor de la Iglesia, al en lugar de morir hace treinta años, su
 alma florecida hace veinte siglos. Yo fui su administrador desde la
 adolescencia, y siendo aún joven sacerdote, me fué dado llamarlo
 amigo, y disfrutar de su hospitalidad. Era el gran Cardenal Pie-
 rre de Poitiers.

La que fué su ciudad episcopal, es poco importante por su po-
 blación, que no llega a la mitad de la nuestra. Su historia mu-
 tar no es muy gloriosa, habiéndola hecho célebre la batalla que
 los ingleses, acudidos por el Príncipe Negro, ganaron en sus
 campos allá en el siglo XIV. Pero en cambio, en los tiempos de
 San Hilario, y en los años que siguieron, fué renombrada por su
 ciencia y sus letras; y sus monasterios y colegios sembraban a
 la costa Europa.

Sus glorias habían revivido en la época a que me refiero, y -
 las miradas del mundo se dirigían a la pequeña ciudad de Poitiers,
 casi con el mismo interés y la misma admiración que a la infali-
 ble Roma, madre y maestra de todas las Iglesias. Su Prelado desa-
 fiaba las iras de Napoleón III, entonces en el apogeo de su po-
 der; y al propio tiempo llamaba en derredor suyo a los hombres -
 más ilustres, y fundaba Universidades, monasterios, Academias, -
 transformando la insignificante Pictavio, en una Atenas rediviva.

Así la conocí; y si de lejos había admirado a su insigne Obis-
 po, de cerca lo adoré. "No es debido a mí este progreso y este -
 brillo (me dijo): SE DEBE A MI LARGO PONTIFICADO". En efecto, así
 lo repetía año por año, en las homilias que predicaba sin falta -
 el aniversario de su consagración. Pero notaron sus admiradores -
 y contemporáneos, que a pesar de este principio que pregonaba y
 profesaba, no podía ocultar ciertos temores a medida que avanza-
 ba en años de episcopado. Se complacía en irlos comparando a las
 estaciones de los Israelitas en el desierto; y, siguiendo las -
 huellas de San Jerónimo, parangonaba el número de cada aniversa-
 rio, al correspondiente de cada acampamento Israelítico, y dedu-
 cía del lugar en que habían plantado aquellos años sus tiendas, mis-
 ticas consecuencias.

Habían pasado ya los 25 años; se iba acercando al fatídico nú-
 mero 42, y confesando siempre las ventajas de un largo episco-
 pado, parecía temblar a la vista de ese término, tan esperado como
 temido. Presentía por ventura lo que iba a suceder después de su
 partida? Comprendía que estaba cerca el día en que se dispersa-
 ran los sabios que con tanto afán había congregado? Preveía, que,
 si manos amigas causarían las primeras heridas, mano hostil y po-
 derosa destruiría en un instante cuanto él había creado en tan-
 tos años?

No lo sé; pero el Señor le evitó tantos dolores y decepcio-
 nes, llevándolo a su seno desde el trigésimo acampamento de su
 peregrinación episcopal. Entonces (me diréis) una larga vida, un
 largo episcopado, no son una bendición del Todopoderoso. Enton-
 ces, en vano nos congregáis para dar gracias al cielo, por lo -
 que no es para vos ni para nosotros un beneficio.

No: no saquéis de mis palabras semejante consecuencia. Si a -
 sangre fría y sin prevenciones lanzáis una mirada hacia atrás, -
 veréis que todo lo que se ha hecho en la diócesis, se debe, no a
 mí por cierto, ni a mis méritos; pero sí a la duración de mi e-
 piscopado. Si cada dos, cada cinco, cada diez años hubieran veni-
 do nuevos Pastores a apacentaros, habría sido imposible llevar a
 cabo muchas empresas que sólo pueden acometerse y terminarse con
 la unidad de miras, de manejo y de acción que caben únicamente -
 en un solo individuo, cuando los tiempos son adversos y los ele-
 mentos de que se dispone muy limitados. Para vosotros, de segu-
 ro, mi largo episcopado ha sido un favor de la Providencia, no -